

## CAPÍTULO XII

## CAPÍTULO XII

— ¿Qué sucede? — preguntó el rey con anhelo á los despavoridos vasallos.

— ¡Ay, ay! — gritaron todos, como si los urgaran cruelmente con hierros candentísimos.

— ¿Qué hay? — volvió á preguntar impaciente Hacem.

— ¡Ay de mi Alhama! — gritaron algunos entre los acongojados clamores de todos.

— Alhama — dijo Muley-Hacem, pasándose la mano por la frente como si quisiera desvanecer un sueño.

— Alhama, Alhama, — dijeron todos.

— ¿Alhama sitiada? — preguntó con extrañeza el monarca.

— Perdida — respondieron los tristes y dolientes mahometanos.

— ¡Perdida! ¿Qué decís? Imposible, imposible. No pueden llegar á ella ni las águilas del cielo.

— Pues han llegado — exclamó el jefe de la tropa — las armas de los Ponces.

— ¡De los Ponces! Mentís. ¿Sois locos escapados de algún encierro? ¿Sois muertos venidos del otro mundo á engañarme por ventura en éste?

— No; somos vencidos en Alhama.

— ¿En la bien cercada? — preguntó Hacem, que no podía sacudir su asombro.

— En la bien cercada — contestaron todos.

— Las aguas de receloso río circundan sus sierras y las crestas altísimas levantan á las nubes sus castillos.

— Pues allí — dijo el principal entre todos — allí ha llegado el marqués de Cádiz.

— No lo repitas — exclamó Hacem sacando puñal damasquinado del cinto áureo — no lo repitas, porque si vuelvo á oírte lo te remato ahora mismo.

— Máteme V. A. — contestó el caudillo — pues prefiero las sombras de una eterna noche á ver todo cuanto he visto.

— ¡El marqués de Cádiz — exclamó Hacem, pasando de la rabia horrible al dolor profundo — el marqués de Cádiz!

— Yo lo he visto — añadió el caudillo — con sus adalides, muchos de ellos renegados nuestros.

— ¡Oh! — exclamó Hacem, lanzando rugido tal, que se hubiera tomado por una fiera herida en los desiertos.

— Yo lo he visto — continuaba el caudillo — roja la cabellera, como si la hubiese teñido en la voraz

lumbre del infierno; acribillado el rostro por la mezcla de las cicatrices inferidas en él por la guerra y de los hoyos abiertos por las viruelas; yo lo he visto encerrado en armadura que parecía parte de su cuerpo, y blandiendo una espada que le daba terrible semejanza con el ángel siniestro de la muerte.

— ¿Será verdad ó será sueño? ¿Estoy despierto en la posesión de mis sentidos ó presa de una pesadilla causada por la fiebre?

— Estas en tu palacio y sin Alhama.

— Verdad, verdad — gritó Hacem, cayendo sobre los cojines de púrpura que tenía detrás de sí pegados á las paredes argénteas del patio de los Arrayanes, donde sucedía tal escena trágica.

— Un demonio salido del infierno celó nuestras guardias y estudió nuestras posiciones.

— Pero, vamos. Sí, deliro. No sé que preguntó — murmuró Hacem, corrido bien pronto de su desmayo é irguiéndose como el árbol doblado por el viento que cobra su natural posición.

— Pregunte V. A. cuanto quiera — dijeron á una los adolorados vencidos.

— ¿Llegó allí un espía del marqués?

— Llegó, por cierto que se llamaba Ortega, y tiene más combates y encuentros en su historia que días en su vida.

— ¿Y cómo no le cogisteis y no le depedazásteis!

— ¿Cogerlo y despedazarlo? ¡Cosa fácil! Debía

tener pacto con Satanás mismo según era de invisible, aunque se metía por todas partes.

— ¡Maldición! — dijo Hacem.

— Ya se arrastraba como un reptil por el suelo; ya se metía como un pez en las aguas; ya se enterraba como un muerto en las cavernas. ¡Oh! No tienen las zorras su oído para escuchar cuanto les conviene oír; ni los hurones su destreza para cavarse pasadizos varios por el profundo suelo; ni los buitres sus alas para subir arriba, más allá del término de nuestras fortalezas, y atisbarlas á vista de pájaro. Él ha medido los pasos de nuestros centinelas; él ha sondeado la densidad de nuestros muros; él ha puesto en su memoria y fijado las letras de nuestras consignas, para luego irse á Marchena y contar al marqués mismo en persona, cómo la plaza estaba desguarnecida y cuán pocos nosotros éramos, sus decididos y resueltos defensores.

— ¡Oh! Tenéis razón. Yo he mermado su guarnición para tomar un punto como Zahara, inferior á mi Alhama, y para tomar una familia como la de Solís en el castillo de Martos, inferior á esa familia de los Ponces en su plaza de Marchena. Yo soy el más criminal de los reyes y vosotros los más infelices de los vasallos.

La furia de Hacem creció tanto á la narración de sus recién sabidas desgracias que, volviéndose á una próxima y brillante alhacena, en cuyos estantes relucía deslumbradora cimitarra, cogióla para

cercenarse la cabeza de los hombros, cuyo propósito suicida consumara, de no impedirselo con violencia los mismos desesperados moros de la triste Alhama.

— Calma, señor, calma — gritaron varios de los circunstantes.

— Razón tenéis — dijo Hacem, cambiando, como todos los sanguíneos, con súbita mudanza, desde una cólera indecible á una indecible reflexión. — Si hemos de morir pronto, muramos por lo menos matando y en defensa de nuestra cara ciudad cautiva. Acabad presto de mostrarme, hasta en sus más recónditas entrañas, el abismo de mi desgracia.

— Aquel mago — prosiguió el narrador — después de haberse instruido en todos nuestros recursos, instruyó á los suyos, hasta el extremo de moverlos á una expedición, que sorprendiese con perfidia nuestra noble Alhama y la tomase con crueldad. Tres mil jinetes y cuatro mil infantes marcharon por la cadena inaccesible de Alcerifa y se vinieron á nuestro territorio, deteniéndose de día, para no suscitar sospecha ninguna, callados y silenciosos, cual si fueran una legión de santones, y caminando de noche cual si fueran una bandada de aves nocturnas, cuyas sedosas alas no suenan y cuyos ojos semejan los blanquecinos fuegos fatuos de triste cementerio. Baste decir que no encendían fuego por temor de que los delatasen las espirales del humo.

—¿Y pudieron llegar hasta vosotros sin que vosotros lo advirtiérais? Continudad, continuad, porque, si á reflexionar me parara, perdería en este mismo punto la cabeza.

—Ni los malditos jefes cristianos se hallaban á la sazón aquella instruidos en el propósito y fin de la recatada correría. Juramentados á una en su fe maldita, no preguntaban palabra, ni se les ocurría siquiera una observación. Sólo á media legua de Alhama supieron donde iban. El marqués les mostró cuánto importaba la reserva, encareciéndoles el bien ya granjeado; y les prometió rico despojo en las próximas alturas de la incomparable Alhama. Halagó el disimulo pasado á su perfidia, y excitó el botín venidero su codicia. Todos á una pidieron el combate, á pesar de lo difícil del esfuerzo. Los dos de la mañana eran cuando trescientos hombres se habían emboscado al pie de nuestros riscos en disposición de tomar la plaza ó morir honrosamente. Puso la escala Ortega y ascendieron treinta hombres, tan sigilosos y callados que parecían sombras, armadas de armas espirituales, que ni relucían ni sonaban. Ortega encabezó á los asaltantes, siguiéndole detrás Martín Galindo, joven que había jurado matar al primer centinela con que topase ó morir mártir de su fe católica en el castillo de Alhama. Dormíamos todos, fundados en que nadie podía tocar, por aleve que tuviera el ánimo y por largo el brazo, en la inexpugnable fortaleza de Alhama, cuando el centinela se vió sorprendido y

el cuerpo de guardias tomado. Dormían los nuestros, y los despertaron las armas de los enemigos. Ninguno se atrevió con ellos, tomándolos por seres sobrenaturales, á quienes Azrael dirigía camino de la eternidad, cuyas puertas abre la muerte. Ni á uno solo de nuestros soldados quisieron perdonar. En sus camas perecieron todos, más indefensos é inmóviles é inermes que cuando estaban dormidos en el vientre de sus madres. Tras los treinta de la primera escalada, subieron trescientos, y con aquellos trescientos en las entrañas del castillo, no había medio de recobrarlo, porque todos, industriados en las sabidas industrias de Ortega, se habían puesto á la defensa, tomando contra nosotros las posiciones tenidas tantos años por nosotros contra ellos. Las armas resonaron al cruzarse, los resuellos del combate siguieron al choque de las armas, los gritos de los que avanzaban y de los que resistían se confundieron en babelescas algarabías, recorrióse todo el misterio tras cuya cortina se ocultaba el amenazador ejército cristiano, quien sonó sus atabales, sus clarines, sus arcabuces, en señal del propio regocijo: siniestro estruendo, que resonó en nuestras ensordecidas orejas como la trompeta del ángel que ha de llamar á los hombres al postrimer juicio. Aun los nuestros resistieron largo tiempo en el patio de la fortaleza, que hubieran salvado seguramente, á no haber sabido el taimado é hipócrita Ortega una puerta oculta y franqueado por ella seguro paso al marqués de Cádiz y

á sus terribles soldados. Ni uno solo de los nuestros se salvó. Solamente la hermosa mujer de nuestro alcaide, apartado á la sazón de allí por haber ido á una boda en Velez-Málaga, fué respetada caballerosamente, gracias á su hermosura y su gracia. Todos los demás habitantes del castillo murieron inmolados á la terrible saña del soberbio vencedor.

En el momento de oír esto, la oración por los muertos asomó á los labios del Sultán de los vivos. Volvió, pues, su rostro hacia Oriente, hacia la Meca, y dijo, cómo presentaba los cuatro Tekires de la oración fúnebre á Dios, acreedor á todos los homenajes y á todas las obligaciones. ¡Oh! Dios mío, exclamaron todos en coro, recibe á tus piés el tributo de nuestras alabanzas. Sólo Dios es grande. Acuerda el maná de tus bendiciones á estos muertos, como se lo acordaste á nuestros dos Profetas Abraham y Mahoma. Señor, tú sólo eres digno de alabanza. Dios mío, acorre á los creyentes en tí, á los fieles, á todos los mahometanos, pequeños ó grandes, hombres ó mujeres. Vivan, Señor, en el Islamismo aquellos á quienes tú conservas la vida, y en el Islamismo mueran aquellos á quienes tú envías la muerte. Distingue á los muertos en Alhama que nosotros juzgamos con nuestro débil humano juicio, mártires de tu fe. Dales tu gracia para que tengan el debido reposo. Del número de los buenos deben ser cuando pelearon y murieron así. Mas perdona su perversidad si por culpas, de nosotros desconocidas, hubieran pertenecido al

número de los perversos. Que no sea su huesa, después de muertos por ti, círculo del infierno, sino jardín del Paraíso. Que sus restos queden para pasto de los gusanos, pero que sus almas vayan, conducidas por las alas de los ángeles, á la compañía inmortal de los bienaventurados. Sólo tú eres misericordioso. ¡Alah, Alah, Alah! Bien puedes acrecentar en todos nosotros la virtud de la fe y la sumisión á tus mandatos. Dios solamente merece nuestras alabanzas. Él da la vida y la muerte. El bien está todo entero en sus manos. Sólo él es omnipotente. Dios mío, bendícenos en la hora de nuestra muerte; y después de nuestra muerte concédenos tu incomunicable bienaventuranza.

Concluída la oración, volvióse Hacem á los suyos y les dijo:

— Contadme, contadme por Dios cómo se rindió Alhama después de haberse rendido su fortaleza, porque aún quedaban muros, casas, brazos, pechos, corazones, para defenderse. Ya se ve, no se defendería. Las baños calientes, que acostumbraron á tomar en su molicie, les han debilitado las fuerzas; y las esencias, los aromas, los regalos granjeados por sus innumerables riquezas les han descolorido la sangre. No hay en ellos resistencia posible. Eran los más ricos y los más afeminados de mi reino.

— Señor, deja de maldecirlos, — dijo el enviado de Alhama la triste, al injusto monarca. Tus vasallos de Alhama habrán ya entrado todos en el Pa-

raíso, porque todos son mártires. Nosotros, los últimos, los sobrevivientes de aquel naufragio, los rescoldos de aquel incendio, moriremos bien pronto sin remisión, porque si padres, nos hemos quedado sin hijos, ó si hijos, nos hemos quedado sin padres. Hasta nuestras esposas, cuando no tenían leña con que atizar sus hogueras y hervir agua caliente para vertérsela por sus maldecidos cuerpos á los cristianos, que Alah maldiga y condene, lanzaban al fuego sus más ricos muebles. Desde una hora antes de la señalada por Dios para que los muecines entonen sus alabanzas en el alba y hasta una hora después de la oración postrera, todos combatimos en las calles, en las encrucijadas, en los edificios, aun después de saber cómo nos había condenado el destino á una derrota sin apelación y sin remedio. Nosotros mismos, los que aquí tienes, hallámonos salvos por milagro ciertamente, pues, hemos combatido dentro de la mezquita sagratísima, nuestro postrer refugio; y nuestros perseguidores, nos han cercado en círculo de fuego que parecía el infierno. Solamente la mano de Alah, solamente su mano, ha podido traernos hasta los dinteles de tu palacio para pedirte venganza, y de no conseguirla pronto, caer exánimes á tus plantas.

— ¡Ay de mi Alhama! — Exclamó el monarca.

Y este grito ¡ay de mi Alhama! recorrió toda la capital, desde un extremo á otro, despertando en tropel innumerables y encendidas pasiones condensadas en una horrible tormenta.

## CAPÍTULO XIII.

Como un mar encrespado por el viento se alteró Granada en cuanto supo la fatal nueva de haber caído en nazarenas manos la ciudad inexpugnable donde sus banderas flotaban por los dominios de las águilas. Todo el mundo clamaba en calles y plazas, invocando el amparo de Alah contra enemigos tales como aquellos, bajados sin duda de las nubes, cuando habían podido tocar con sus plantas, cual ángeles exterminadores enviados por la divina cólera, el más alto presidio de la granadina gente. Los notificadores de la nefasta nueva se vieron, al salir del Alcázar, detenidos, asaltados por los tristes musulimes, ansiosos de preguntarles cómo había podido hacerse cosa tan grave de improviso, no habiendo hechicería ó maleficio. Pero los mismos, que acababan de ver el asedio y toma de Alhama, sorprendida en los descuidos y olvidos naturales al sueño, no sabían por qué caminos los

sitiadores habían marchado, ni con qué género de guerra y con qué casta de armas vencido, para desgazar de diadema tan brillante como la diadema del nieto de Alhama perla tan preciosa como la ciudad de Alhama. La figura del santón profeta se apareció á los ojos asombrados de todo el mundo, tanto más cuanto que había desaparecido como si cayera en misterioso abismo al peso de su dolor ó le robaran del mundo para el Paraíso los ángeles divinos por su conocimiento y anunciación de la verdad. Como todos los pueblos probados por la desgracia y próximos á una catástrofe, ignoraban los granadinos á quién imputar su horrible suerte, si á cólera del cielo, si á propia culpa, si á propósito en los cristianos de no permitirles descanso y tranquilidad, si á las temeridades mismas de un monarca tan audaz como Hacem, quien, rodeado por doquier de poderosos enemigos, aún los exacerbaba con provocaciones como las dos victorias sobre la fortaleza de Martos y la villa de Zahara, donde había cosechado una gran copia de despojos, pero, también sembrado una gran copia de odios.

Hacem, por su parte, allá en lo más recóndito de su oriental serrallo, no hacía otra cosa más que rugir de rabia como el león herido y moverse de un lado á otro lado tropezando con todo como la gacela detenida por el cazador y encerrada con su congénita inquietud en estrecha jaula. «Me parezco, pensaba para sí, al Gebel Elbeira por cuyas enriscadas laderas sólo se descubren soledades inmensas de-

vastadas por triste desolación. Sobre los alcázares de la corona y sobre las alcarrías de la Vega, magüer su formidable defensa por cinturas de fortalezas, aletean espíritus malignos, más que cristianas legiones, empeñados en perseguir y castigar á Granada, porque la mueve al combate un brazo como mi brazo, incansable de suyo para la guerra, cual conviene á un descendiente de aquellos fuertes conquistadores, que nos dieron el dominio supremo sobre todos estos preciadísimos edenés. ¡Oh! No vendrán, mientras yo aliente, no, los perros infieles á destronar los imanes y los morabitos en tus aljamas y en tus ermitas. Tus doce puertas, ¡oh Granada! se parecen á doce fortísimos escudos de acero damasquinado y las veinticuatro torres que las defienden á veinticuatro arcángeles armados y bendecidos por Alah. Tus Alcazabas se hallan guarnecidas de zenetes que parecen, por lo ardorosos, al africano desierto; y tus Albaicines poblados de moros andaluces que guardan la fuerza y la inteligencia de sus padres. Alhama, abuelo mío, tú no consentirás que la corona forjada y enrojecida en el horno de cien victorias sea profanada por los infieles. No, Jucef, no podrás ver desde la serena bienaventuranza, donde habitas, cómo penetran soldados ébrios de profano vino en las estancias libradas por tus divinos artífices para santuario de las edénicas huríes. En la torre de Comares sólo puede resonar el Koran y en el alabastro de las mezquitas erigidas por tu fe dentro de nuestros

patios sólo pueden reposar nuestros huesos y esplender en letras de azul y oro nuestros nombres. En el Generalife, al son de las aguas despeñadas por los pasamanos de sus escaleras maravillosas, sólo pueden resonar nuestras poesías acompañadas por las guzlas. A la sierra del Sol solamente le cuadra el llamarse peana del trono de nuestro Dios. En las Albercas de los Alijares alimentadas por surtidores de líquidos aljófares se mirarán eternamente las hijas de tus pueblos, ¡oh santísimo profeta! Tus vergeles son una breve reducida copia del edén, anticipado en el mundo á los que Alah ve pelear por él desde los cielos. Así nos daremos la mano con los excelsos parientes de Fez y nadie podrá en el mundo turbar ya nuestras alianzas, contra las cuales han de romperse y estrellarse los infieles. Jamás la dulce Sana del Yemen mereció tantos sacrificios por su belleza como esta vespertina estrella del ocaso, que parece perfumada con almizcle traído del puerto de Darin. Si cayera Granada, los creyentes imaginarían que aquel Isarafil, cuyos labios están desde la eternidad adheridos á la trompeta del Juicio, había sonado en ella, y herido con su toque de muerte al universo. Yo no quiero que los collares de oro ceñidos á las gargantas de mis hijos se conviertan jamás en cadenas de hierro amarradas á sus piés. Ya oigo las palabras de dolor que lanzan los muecines desde sus minaretes y las oraciones de penitencia que levantan los imanes, desde sus cátedras. Ya veo

las lágrimas de horrible desesperación que surcan las mejillas del anciano fugitivo, llegado en su timidez hasta este nido, creyéndolo exento de las guerras. Ya siento las maldiciones despedidas por las madres al estrechar contra el seno sus hijos, sobre un monarca tan batallador como este Hacem, venido á salvar su Granada, y si no á perecer en la demanda traspasado por las armas nazarenas. Sí, debo combatir, y combatiré. Alhama no puede quedarse ahí en poder de los cristianos sin que su cobarde conformidad aparezca en los tribunales divinos, como una infame traición. ¡Ah de mi visir! ¡Ah de mi visir!»

—Hacem.

Dijo el visir apareciendo al llamamiento de su señor.

—Óyeme.

—¡Ay!

—También tú.

—¿Qué?

—¿También tú suspiras?

—Cómo no.

—Pues no es hora de suspirar como hombres, sino de combatir como fieras.

—Ordena y serás obedecido. El aire y el pensamiento no corren como corre mi voluntad en tu servicio.

—Deseo ponerme ahora mismo en marcha militar hacia nuestra invencible Alhama.

—¿Ahora mismo?



- Nada de vacilaciones.  
 —Hágase tu voluntad.  
 —Imposible que permanezcan allí mucho tiempo sus afortunados poseedores.  
 —Ya sabes lo que son.  
 —Aunque sean demonios del infierno.  
 —El marqués de Cádiz...  
 —El mismo Luzbel no podría guardar tal plaza.  
 —Pues hágase tu voluntad.  
 —Les faltan municiones y víveres.  
 —Verdad.  
 —Pues una marcha rápida, un cerco apretado, pondráles pronto en la imposibilidad completa de recibir socorros y tendrán que caer derribados de su orgullo á mis piés.  
 —Dios lo quiera.  
 —Mañana mismo debemos salir.  
 —¿Mañana?  
 —Sí, mañana.  
 —Imposible.  
 —¿Por qué?  
 —Porque no está aparejada la indispensable artillería.  
 —Nos iremos sin artillería.  
 —¿Cómo sin artillería?  
 —Ya comprendes que lo primero es caer sobre nuestros enemigos y aniquilarlos.  
 —Mas para caer sobre tales enemigos con fortuna, importa combatirlos con todas las armas por necesidad.

- ¿Cuántos jinetes podemos reunir?  
 —Tres mil.  
 —¿Cuánta infantería?  
 —Cincuenta mil.  
 —Pues con tres mil jinetes y cincuenta mil infantes, debemos recobrar, no ya nuestra invencible Alhama, Córdoba y Sevilla, si en ello nos empeñamos.  
 —Comprende Hacem cuanto exige de tí la gravedad de los males que aquejan á Granada.  
 —Pues como lo comprendo apresúrome á remediarlos con fortaleza.  
 —No debes olvidar que un fracaso podría costarte hoy el trono en la exaltación á que ha llegado Granada.  
 —¡El trono! ¿Quién se atreverá en la tierra hoy á tocar, no, una perla de mi diadema, un cabello de mi frente?  
 —La fatalidad.  
 —Para eso están los alfanjes, para combatir, aunque sea con el hado.  
 —No blasfemes, Hacem, cuando tanto necesitas en tu angustiada situación del auxilio de Alah.  
 —Tienes razón —exclamó Hacem arrepentido y mucho de haber quizás tentado al cielo con sus audaces palabras.  
 —Retén ¡oh! Sultán tu impaciencia y espera con tranquilidad el apresto de todas las armas.  
 —No espero.  
 —¿Cómo no? Medita; reflexiona...

—Lo he meditado todo. Si tardamos mucho tiempo en acorrer á la ciudad perdida, vendrán los caballeros cristianos en su auxilio, y nuestros esfuerzos habrán de resultar completamente inútiles.

—Cúmplase tu voluntad.

—La herida recién abierta duele más que la herida cicatrizada.

—Cierto; pero es más fácil curar á un herido que á un muerto.

—Alhama está cerca, y la proximidad de tal afrenta, mantendrá vivos los desórdenes continuos que aquejan á nuestra querida ciudad. Una rápida maniobra tan sólo puede salvarnos. Intentémosla. En mí se confunden pensamiento y acción. Comunica mis órdenes con la celeridad propia del relampago. Quiero correr á mi Alhama para evitar que auxilién otros enemigos nuestros á sus audaces detentadores.

No iba equivocado Hacem. El marqués de Cádiz contaba entre sus amigos á uno de los mayores héroes andaluces, y este grandísimo héroe, llamado Alonso de Córdoba, preparábase para socorrerlo y auxiliarlo en aquella increíble hazaña. Todo lo audaz tentaba la naturaleza del ilustre andaluz, forjado para la guerra. Nadie tan maduro en los consejos, tan cauto en los preparativos, ni tan audaz en los combates, ni tan menospreciador de los peligros, ni tan pronto á todas las guerreras aventuras, ni tan atrevido en las empresas. Así que supo la victoria de su amigo, sonó el clarín y

congregó en torno suyo las huestes de su pendón y su caldera. En el río de las Yeguas estaba ya, muy próximo á la ciudad que debía socorrer, del lado de Sevilla, cuando aparecieron, del lado de Granada, las huestes formidables del rey moro. Al saber la situación de éste y la situación de su valedor, sintió el marqués de Cádiz angustias terribles, no ciertamente por sí, por su amigo, y olvidado del propio riesgo, le diputó un mensajero, á fin de moverle para que se decidiese por la retirada y guardase á que una mejor ocasión le procurara medios de cumplir tan buena obra. Retiróse Alonso de Córdoba camino de Antequera, mas cuando las enemigas legiones pisaban ya su retaguardia y le perseguían tan de cerca y con tal furia, que á no haberlo defendido la estrecha garganta y la serenidad de sus compañeros de armas, cayera, con todos los suyos, cautivo del terrible Hacem.

Volviéronse los burlados por la grande actividad del héroe cristiano, y toparon con el Sultán granadino, quien á su vuelta estaba entregado á la más funesta desesperación y despedía siniestras frases, comparables sólo al maullido del tigre hambriento en los arenales africanos, ó al roncar de la hiena cuando escarba las sepulturas y husmea los cadáveres. Los sacudimientos de tal agitación dimanaban de una causa bien triste. Al acercarse Hacem á su Alhama, con ansia de pronto desquite, había encontrado las campiñas y las cercanías de aquel codiciado lugar por innumerables cadáveres sem-

bradas. Los perros venidos de lejos y los buitres y cuervos bajados de las regiones del aire, cebábanse á una en tales restos adorados por los musulimes, como deben adorarse por todos y siempre, las reliquias y despojos de los mártires. Á tal profanación, quiso contestar Hacem con violencias que mostrasen al mundo, y especialmente á los cristianos, toda la intensidad horrible de su furia; y como los suicidas, que se precipitan de cabeza en el suicidio sin atender á las resistencias que se les oponen ni á lo irreparable del crimen que van á perpetrar, aplicó las escalas á los muros y mandó que cayeran sobre su recinto los suyos, porque, dado el número, podían devorarlo como devoraban moscas, perros, cuervos y buitres aquellos cadáveres insepultos. En efecto, una inmensa muchedumbre se lanzó enardecida por el ardor de su monarca, en tropeles varios, sobre los muros altísimos, y ensordeció los aires con clamores tales de ira, cólera, desesperación, que parecía semejante jornada de horrores el término de toda vida en la tierra y los comienzos de la noche final del Universo.

No estaban desapercibidos aquellos cristianos á quienes el propio instinto de conservación y el conocimiento de sus enemigos mantenían despiertos contra todas las asechanzas y aperecidos á todas las defensas. Nubes de flechas, que hubieran podido oscurecer al sol; cataratas de piedras, que se derrumbaban y caían con furioso estrépito; fuegos

varios de los usados en aquella época para los sitios y parecidos al hervidero de las tempestades; sobre todo, el valor de los cristianos andaluces resueltos á morir antes que á soltar aquel emporio moro, lograron á una conjurar el peligro é impeler atrás el oleaje hirviente de la cólera musulímica. Hacem el valeroso, en quien la tenacidad se compadecía con el entusiasmo, mandaba un destacamento tras otro destacamento, pero todos se rompían, tanto en las piedras que acababan de conquistar aquellos valerosos milites de la cruz, como en la dirección previsora de su jefe, del marqués de Cádiz, á quien parecía esclavizada la victoria.

Hacem llegó á comprender un poco tarde cuanto le costaba no haber seguido el sabio consejo de su visir, quien le conjuró con repetidas instancias á no marchar de ningún modo hacia la bien cercada fortaleza sin la correspondiente artillería. Viendo el Sultán que sus soldados no volaban como las águilas, quiso que cavasen la tierra como los hurones, hasta minar los muros en sus cimientos y desarraigarlos cual se desarraigan los árboles por sus raíces. Comenzaron los trabajos, pero el fuego asolador de los cristianos derribó y enterró en los surcos abiertos por ellos mismos á los audaces trabajadores. Tres veces pusieron mano á la obra de abrir las profundas minas, y tres veces los detuvo la temeridad increíble de los nuestros en sus continuas y asoladoras salidas. Dos mil moros pusieron fuera de combate las armas de los cristianos.

Entonces Hacem, al cual no detenía ningún obstáculo, persuadido por completo de las dificultades insuperables encontradas así para escalar como para minar la fortaleza, pensó en proyecto atrevido, como todos los suyos, en desviar el río y vencer por medio de la sed, tan aflictiva en los climas meridionales, á los terribles vencedores.

Bebían los alhameños del río, desprovistas como estaban sus casas de cisternas, cosa rara en los pueblos orientales. Así llamaban á la ciudad aquella de baños calientes y regaladísimos Alhama la seca, por tener todas las aguas necesarias á la vida, fuera de su recinto. Ver los nuestros la maniobra enemiga y acudir á impedir la, fué obra en la cual se unió la rapidez del pensamiento con la rapidez del propósito. El marqués de Cádiz mismo abandonó la ciudad, con sus fortalezas, donde su presencia era indispensable, y peleó en defensa propia y de los suyos, metido hasta la cintura en el río. Los moros lograron su intento en esto y divirtieron las aguas de su cauce natural, echándolas por otro cauce, no sin que antes las hubieran teñido de rojo las venas de los cristianos. La sequedad del río no fué sin embargo tanta que faltara el agua completamente por su cauce; mas las heces ó residuos no podían recogerse y almacenarse para el pro común, si no saliendo fuera de la ciudad, y la salida costaba innumerables sacrificios y víctimas á los perseguidos cristianos. Morían abrasados los caballos; precipitábase la última hora de tantos y

tantos heridos en las ardorosas fiebres de una sed terrible; algunos, anhelaban un sorbo del precioso líquido con tal anhelo que, al llevárselo á la boca, les ahogaba el contento, rematándolos como si fuera un dolor la vista del remedio. Cuentan las crónicas del tiempo, que menudearon las demencias causadas por la sed, y que los locos, al desvarío producido por aquellas enfermedades terribles, soñaban á una con lagos de agua dulce, clara y pura. Ya no había remedio en la tierra para los héroes de la Cruz. Ó venía pronto el indispensable auxilio de fuera, ó sucumbían mártires de su fe.

Á la verdad el auxilio era cada vez más difícil. La monarquía estaba por esta sazón muy comprometida en cuestiones lejanas, y aunque mandara la embajada de Vera para buscar honroso motivo á la guerra, no contaba todavía con los medios indispensables á iniciarla y sostenerla. Por una desgracia bien comprensible, ¡ay! el feudalismo espirante había recobrado ciertas llamaradas de fulguración deslumbradora en sus instantes últimos y vertido lo que naturalmente se hallaba en sus tradiciones y en su naturaleza, la discordia, exacerbada por el reclamo de caza tan abundante y provechosa como las ciudades varias del reino granadino. Entre las rivalidades nobiliarias, ninguna tan atroz como la de antiguo existente allí, en Andalucía, entre la persona del marqués de Cádiz y la persona del duque de Medina-Sidonia. Era el duque de Medina-Sidonia entre los potentados andaluces quien más podía

valer y apoyar al marqués de Cádiz, por el número de sus vasallos, por la cantidad de sus riquezas, por la extensión de sus dominios, si no lo impidiese la enemistad hereditaria, muy semejante á la enemistad que puede reinar entre dos Estados vecinos y rivales. Jamás hubiera pensado la cabeza del marqués de Cádiz en recurrir á su enemigo por juro de heredad el duque de Medina-Sidonia; pero lo que jamás hubiera pensado la cabeza del héroe, lo hizo el corazón de su mujer. Juzgando al rival por sí misma, por sus afectos generosos, por sus impulsos nobilísimos, por su abnegación, por su caridad, creyó que no podía negarse á la demanda de una esposa y de una cristiana poseída de supremas angustias, y envió un emisario á la fortaleza de Arcos, donde Medina-Sidonia residía, en busca del deseado auxilio, é invocando por suprema invocación la Cruz que todos adoraban y la tierra en que todos vivían. No la engañó su esperanza. El duque recibió al embajador como á un amigo y se propuso, una vez oída la embajada, correr al remedio de tanto mal y salvar al cumplido caballero cristiano; con abnegación completa de su propia persona y sacrificio del desquite próximo á sus rencores y á sus agravios. Seguidamente expidió las órdenes más apremiantes á los adelantados de sus fronteras, á los alcáides de sus villas, á los jefes de sus tropas, á los monteros de sus cacerías, á los jinetes de todos los contornos y aun á los voluntarios que quisiesen ganar prez en la tierra y

bienaventuranza en el cielo, llamándolos á una cruzada, donde, asistidos de armas y provisiones, ganarían muchos despojos y muchas indulgencias, porque la pedían religión, patria, honor, en socorro de aquellos que sustentaban la Cruz de Cristo sobre los altos de la combatida y triste Alhama.